

CARACTERÍSTICAS DE LA POESÍA EN CANARIAS

POR
MARÍA ROSA ALONSO

SUMARIO

1. *Ángel Valbuena, primer teorizante.*—2. *Los temas de la poesía isleña:* a) Aislamiento. b) El mar: su sentimiento positivo y negativo. Dácil, símbolo isleño. c) Cosmopolitismo e intimidad.—3. *La llamada escuela regionalista:* El hombre natural o «el buen salvaje». La pareja Tenesoya-Maciot. El indigenismo: vianismo y antivianismo. La versión original del paisaje en Nicolás Estévez. La visión del paisaje realista, común a la peninsular. La Económica y el Ateneo de La Laguna ante el indigenismo vianesco.—4. *Temas geográficos en la poesía de las Islas:* La Laguna, tema poético. La selva. El Teide.—5. *El tema histórico del 25 de julio en poesía.*

1. ÁNGEL VALBUENA, PRIMER TEORIZANTE

En la apertura del curso 1926-1927 de la entonces Sección Universitaria de La Laguna, el catedrático Ángel Valbuena Prat (1900-1977), mi primer maestro de Literatura, leyó su ya famoso discurso sobre *Algunos aspectos de la moderna poesía canaria*, que con el de Elías Serra Ráfols (1898-1972) sobre *Viajes de los catalanes a las Afortunadas* se publicó en un folleto de la imprenta Zamorano en Santa Cruz de Tenerife en 1926. El trabajo de Valbuena, con 34 páginas, y el de Serra, con 22.

Leoncio Rodríguez (1881-1955) reprodujo el estudio de Valbue-

na ese año en su diario *La Prensa* como folletón, sin notas bibliográficas, que sí recogería, bien que alteradas, en un tomito de la Biblioteca Canaria de 1940, editado por el propio Leoncio con el título que antecede. Valbuena volvió a ocuparse de nuestros poetas en *La Gaceta Literaria* de Madrid, núm. 14, del 15 de junio de 1927, la gran revista de Ernesto Giménez Caballero (1899-1988), y después en el diario tinerfeño *La Tarde* los días 23 de agosto, 10 y 30 de septiembre de 1929, en sus páginas sobre *Dos poetas canarios del Siglo de Oro*. Valbuena, el primer catedrático numerario por oposición de Literatura que la Universidad lagunera tuvo, no era ya profesor de ella, pero, afecto al grupo de *La Rosa de los Vientos*, nuestra primera publicación de vanguardia, de la que fue orientador y colaborador, enviaba desde su nuevo destino colaboración a sus amigos de *La Rosa*: Agustín Espinosa (1897-1939) y Juan Manuel Trujillo (1907-1976), quienes, continuadores de la citada revista, publicaron, como expresión del grupo, un par de páginas de *La joven literatura* en octubre y noviembre de 1928, aparecidas en el diario *La Prensa* y luego en *La Tarde* de abril a septiembre de 1929, con el título de *La nueva literatura*; entonces publicó Valbuena varios trabajos y Agustín Espinosa fragmentos de lo que sería su delicioso libro *Lancelot*, 7^o-28^o. Como sabemos, Espinosa precisó alguna importante característica de nuestra literatura insular, a la que aludiremos, y fue el primer estudioso de nuestro romancero que señaló la influencia portuguesa de muchas versiones insulares.

En *La poesía española contemporánea*, CIAP, Madrid, 1930, Valbuena se refiere a diversos poetas canarios, y, ya catedrático de la Universidad de Barcelona, publicó en 1937, uno de los años de nuestra guerra civil, el primero y único tomo de su *Historia de la poesía canaria*, que tuvo por base los referidos trabajos. Alguna afirmación expresa en nota de ese tomo, pág. 114, sobre «los rebeldes» que fusilaron a Rodríguez Figueroa y «al gran Federico García Lorca» sirvió luego de motivo a la censura de «los rebeldes» triunfadores para trasladar al profesor de su cátedra, amén de otros disgustos por él sufridos en aquellos años fatídicos, dictatoriales y espermáticos. En su conocida *Historia de la Literatura española*, el profesor Valbuena se ocupó de varios poetas canarios en el tomo III, 7.^a edición, Editorial Gustavo Gili,

Barcelona, 1964; fue él, sin duda ninguna, el primer teorizante de la poesía canaria en lo que denominó temas de la literatura isleña, o sea, los del aislamiento, cosmopolitismo conceptual, intimidad y sentimiento del mar. Le debemos a Valbuena Prat el tratamiento y estudio serio de nuestra literatura, en especial la de este siglo, y su incorporación a la literatura española en general, y gracias a él los poetas canarios ampliaron su ámbito regional al ser incluidos entre los demás poetas españoles y formar parte integrante de ellos.

2. LOS TEMAS DE LA LITERATURA ISLEÑA

La realidad es que entre las notas de aislamiento y sentimiento del mar, por un lado, y las de intimidad y cosmopolitismo, al parecer contrapuestos, por otro, Valbuena definía lo que era por aquel tiempo la esencia poética de la isla.

a) *Aislamiento*

Bien es cierto que en tantos años transcurridos desde que Valbuena formuló sus cuasi categorías de la poesía insular, éstas han sufrido modificaciones: el desamparo de nuestras Islas, el drama de su soledad, se ha experimentado personalmente por criaturas con capacidad poética expresiva cuando las comunicaciones marítimas impedían al isleño pronta relación y entrar o salir en pocas horas de su tierra. Sentirse aislado es sentirse solo; es decir, estar privado de una compañía deseada: la amplia tierra peninsular o continental. Es justo decir que fue Don Miguel de Unamuno (1864-1936) quien primero definió el aislamiento, que él escribía *a-isla-miento* para destacar en lo que desde Saussure (1857-1913) se llamará *sintagma*, el semantema isla, repleto de significación, y los morfemas a sus costados.

Isla fue primero que aislamiento y al salir éste de aquélla adquirió un valor específico que Unamuno subrayó en el memorable prólogo al *Lino de los sueños*, al hablarnos de la devota y perenne fidelidad del mozo gomero Macías Casanova, y la admira-

ción a Unamuno profesada por el poeta de Gran Canaria Rafael Romero (1886-1925), el autor del mencionado libro, prologado por Don Miguel. No está claro que todas las islas produzcan el aislamiento como se siente (cuando se siente, por supuesto) en las nuestras, aunque ignoro si en las islas portuguesas, o en otras atlánticas, hay o ha habido poetas de signos semejantes, y si todo insular se siente aislado en el sentido unamuniano, ya que Don Miguel solía *agoniar* todo cuanto trataba, y esta voz *agoniar*, expresivo préstamo portugués, es también instrumento de nuestra habla insular.

Aislamiento es voz que usó Simón Bolívar (1783-1830) en 1826 en el sentido de apartamiento, de incomunicación, y el argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), en 1842; es posible que se usara antes. Aislado se siente el nostálgico de gran tierra y de centros culturales rectores. Convendría determinar que el canario apretado por el aislamiento es el isleño menos isleño de todos, porque asume como drama su insularidad, sufre la lejanía y niega o rechaza su condición geográfica, que unas veces estima como su cruz y otras se evade y deja de ser insular, en el caso límite negativo. Hace años que he usado la metáfora del mar dogal, en el caso del isleño que se niega a serlo, frente al mar gargantilla o cuello apanalado, como lo siente el insular que se afirma en su condición de tal. El mar es factor o fautor de que la isla sea isla.

El aislamiento en sentido negativo, agónico, lo experimentó Cairasco de Figueroa (1538-1610):

Nereidas, amadríades,
que en el profundo piélago
tenéis de vidrio lúcido habitáculo;
sirenas, y vos, driades,
que allá en el archipiélago
de Proteo escucháis la voz y oráculo;
y tú, que con el báculo
tridente, el mar horrísono
sueles volver pacífico;
y tú, delfín magnífico,
que de Orión oíste el son dulcísimo,
¿por qué todos, solícitos,
no me venís a dar favores lícitos?

Mirad que en la marítima
 ribera del Atlántico
 estoy por no tener batel velígero.
 Mirad que no hay epítima,
 sino la de este cántico,
 que me conforte en trance tan armígero.
 Mirad que del alígero
 tiempo me quejo y tácito
 lamento melancólico
 y en término bucólico
 suspiro el dilatar mi beneplácito;
 romped las ondas frágiles
 y a España me llevad en hombros ágiles.

(*Templo Militante*, Parte III:
 «En vida de San Lorenzo»)

El aislamiento lo sentirá en el siglo XIX, en aquel mínimo Santa Cruz de Tenerife, ansiosa también de tierra española peninsular, una poetisa que fue en Tenerife, donde murió, Victorina Bridoux (1835-1862). Con agónica desesperanza la poetisa romántica cuenta su ansia del amado Cádiz, de su tierra andaluza, en el poema *Quiero partir* (*Lágrimas y Flores*, II, Santa Cruz de Tenerife, 1864, pp. 197-198). Aislamiento, en fin, signó buena parte de la poesía hondísima de Rafael Romero o «Alonso Quesada».

¿Se sienten ahora los insulares, con sus aeropuertos y la frecuente salida y entrada de aviones, como en los días del lejano, infrecuente y tardío barco? ¿Ha quedado petrificado el tema o categoría del aislamiento y carece de vigencia?

b) *El mar*

Decía que el mar, otra de las cuatro características de nuestra poesía en su sentimiento, según Valbuena, era factor, fautor o autor del aislamiento y es su pareja correspondiente, que lo implica. El mar como categoría importante en nuestra poesía desde los días del mozo Antonio de Viana (1578-h. 1650). Mucho tiempo hace que precisé cómo en el poeta tinerfeño el mar era sentido en su valor de ventura, con la fuerza soñada de adjetivo la-

tino en *-urus*: lo que vendrá; el mar será camino prodigioso que traerá el amor a la rubia Dácil:

Incierto mar, no sé si es bien que crea
que atesoras el bien de mi esperanza.

(Viana, *Antigüedades*, III, vs. 686-687)

Aunque Valbuena Prat afirmara que «la característica de la poesía tinerfeña es esencialmente de tierra, a diferencia de la de Gran Canaria, de mar» (Valbuena, *Historia de la poesía canaria*, cit., p. 17), conviene precisar que Cairasco canta mejor la selva, la belleza interior de su isla, que el mar, ya que éste es una transposición del Mediterráneo, del mar mitológico antiguo de los clásicos, de Homero y Virgilio, como el mismo Valbuena advierte: mar poblado de innumerables deidades marinas. El mar de Viana está, en cambio, sentido portador de promesas y el poeta nos da la interpretación de un agente venturoso de dicha para el ansia rotunda de la infanta Dácil, la cual ve en él la personificación de la deseada felicidad pronto cumplida. Otra cosa será la contribución de los grandes poetas de Las Palmas y sus seguidores, que son poetas del mar, tanto en sentido o sentimiento negativo como positivo, pero eso es ya en la poesía del Modernismo.

Cairasco invoca, en rasgo de creador épico, a las nereidas, divinidades marinas, hijas de Nereo, «el anciano mar»; a las amadriades, ninfas divinas de los árboles, cuyo ciclo vital va parejo al de ellos; a las sirenas, mitad bello torso y senos femeninos, y mitad aves que, al librarse de sus encantos Odiseo, o sea, Ulises, se sumergieron en el mar y las alas se trocaron en brillante cola de escamas luminosas; a las driades, ninfas de las encinas, aunque el canónigo canario piense que en el archipiélago de Proteo escuchan su voz y oráculo. No importa que el poeta se distraiga, Cairasco los invoca a todos; a Poseidón, que aplaca las aguas con su tridente, dios que los romanos llamaron Neptuno, y al delphin que, prendado de los sonidos del músico Arión (confundido por Cairasco con Orión), lo salvó de la crueldad de los marinos. Tales criaturas conjuradas por el poeta son personajes del mundo clásico, del mar Mediterráneo, a quienes Cairasco pide que,

en hombros ágiles, lo lleven a España. Se trata de un mar conductor y vehículo para la ida o para huir. La infantina rubia de Viana, por el contrario, estima a este vehículo portador de ventura y felicidad soñada; en todo caso, portador de esperanza. El mar de Viana es mar de llegada.

La infanta Dácil, ya que la hemos encontrado junto al mar y sus ondas, ha sido vista con acierto y finura por Agustín Espinosa como nuestro gran mito y así lo trata en su estudio *Sobre el signo de Viera*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, 1935, y en su trabajo *La infantina de Nivaria*, en *La Prensa* del 1.º de mayo de 1932, recogidos en *Textos*, del mismo Espinosa, edición del Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, 1980. Espinosa, con gran sensibilidad poética, defiende la creencia de Viera en la «cómica» historia de los amores de Dácil y el capitán Castillo, como despectivamente escribió el historiador Don Juan Núñez de la Peña (1641-1721), quien tendrá de su parte la opinión de Menéndez Pelayo (1856-1912), el primero en referir la figura de Dácil a Nausicaa. Dácil —escribe el gran polígrafo— «es como la princesa Nausicaa de esta pequeña Odisea» (Menéndez Pelayo, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, t. V, CSIC, Madrid, 1949, p. 391). El profesor Espinosa traza una ingeniosa geometría con las creaciones de Viana, Homero, Walter Scott y Unamuno. Hace tiempo que he hecho unas precisiones sobre el delicado personaje femenino de Viana: más que mito, Dácil es un símbolo de la isla y su espera venturosa, cuando no es agónica soledad negativa. Mito es, en griego, fábula, leyenda; a veces tiene un contenido natural y se puede manifestar en forma alegórica, como los mitos solares; el mito se interpreta por Cassirer (1874-1945) como un supuesto cultural y es estructura de la mente para Claude Lévy-Strauss (n. 1908), quien, en sus *Mitológicas*, determina la unidad mitema (a semejanza del monema en Lingüística). Símbolo es, en griego, imagen, y expresa un concepto moral o intelectual, concepto motivado con cierto vínculo entre el significante, Dácil, y lo significado, isla.

Todos habíamos leído al Padre Espinosa (1543-¿1602?) en la edición de la imprenta isleña de su *Historia de la Candelaria*, Santa Cruz de Tenerife, 1848, y no pudimos caer en la cuenta de que esta edición suprimió algunos breves textos marginales de la

edición príncipe, tan rarísima, como sabemos todos, que es la de 1594, pero al reproducirla en 1952 (ya impreso mi libro sobre *El Poema de Viana*, de ese año), la editorial Goya santacrucera, en la página 107, el Padre Espinosa, al referirse a Gonzalo del Castillo, escribe al margen: «Este caballero Gonzalo del Castillo casó con hija del rey de Taoro, de quien descende el licenciado Pedro Mártir del Castillo, canónigo de la catedral de Canaria».

El licenciado Pedro Mártir del Castillo, contemporáneo del Padre Espinosa, fue un personaje histórico, que murió por 1591; fue el primogénito de Juan del Castillo, casado con Bárbara Justiniani, y muerto en 1579; él y su hermana Inés eran hijos del conquistador Gonzalo del Castillo, muerto en 1513, y de su última mujer, con la que se casó, la indígena Francisca de Tacoron-te, muerta en 1520, como puede verse en el trabajo *La égloga de Dácil y Castillo*, de Leopoldo de la Rosa, en *Revista de Historia*, 1950, que confirma la afirmación de Alonso de Espinosa, pero sin caer en ello La Rosa.

Y Viana, como tantas veces, sigue a su denostado Padre Espinosa y toma de él la paradigmática y armónica pareja, que no es la versión tinerfeña de Tenesoya Vidina y Maciot, como pensó Menéndez Palayo, otra pareja histórico-poética que dio origen a los Béthencoures, como se lee en Don Pedro Agustín del Castillo (1669-1741), en su *Historia de Canarias*, cap. XXIV. Dácil retiene al capitán Castillo y en poco se parece a la expectante y bondadosa Nausicaa de Homero, la cual desaparece, aunque enamorada del héroe, de la escena de la *Odisea*, sin que le ocurra nada con Ulises, si bien éste compara su belleza a la famosa imagen de la palmera de Delos, porque Ulises sigue su sendero de cuasi eterno navegante y la dulce Nausicaa se evapora y no sabemos más de ella. Menéndez Pelayo leyó de prisa a Viana, como otros, y le vino el recuerdo de Nausicaa. Históricamente era tradición en 1594, un siglo después de la Conquista, el que una hija del rey de Taoro casó con el capitán cristiano. Dácil tiene base histórica, no es un mito. La princesa de Taoro, desde su existencia de indígena, fue recreada poéticamente por Viana, y, delicada joya, símbolo de la isla que espera.

c) *Cosmopolitismo e intimidad*

Cosmopolitismo conceptual e intimidad es el otro par de términos en las cuatro categorías poéticas señaladas por Valbuena, pero es necesario confesar que no son tan específicas de las Islas, como las anteriores de aislamiento y sentimiento del mar. El cosmopolitismo conceptual aparece en nuestras letras muy tarde. Valbuena alude, de paso, a un precursor remoto del cosmopolitismo entre nosotros: José B. Lentini (1835-1862), pero entiendo que es forzar demasiado la actitud de un poeta romántico.

El cosmopolitismo poético no se da con total plenitud hasta Rubén Darío (1887-1916) y de Rubén aprende su vocación al cosmopolitismo el gran poeta Tomás Morales (1884-1921), si bien y con razón diga Valbuena (*Historia de la poesía canaria*, cit., pp. 65 y 82) que Rubén fue más perjudicial a Morales que ventajoso. Entre los poetas que se sitúan bajo el signo del cosmopolitismo, Valbuena incluye a Luis Rodríguez Figueroa (1875-1936) y Manuel Verdugo (1877-1951), quienes viajaron por Europa más que Tomás Morales, el cual sólo estuvo en la Península por motivo de sus estudios de medicina, sobre todo. La voz cosmopolita, como sabemos, significa ciudadano del mundo y se introduce en nuestra lengua en el siglo XVIII, cuando el horizonte humano concibe una posible comprensión entre todos los seres. En el interior de su isla, que ya tenía moriscos, malteses, turcos, desde su espléndido Puerto de Gran Canaria, visitado por todos los barcos del mundo, Tomás Morales, el gran poeta por excelencia del Archipiélago, cumplía el mandato que Salvador Rueda (1857-1933) le había hecho en 1908: «Todas las razas junte tu mágico renombre / como una tribu bíblica bajo una inmensa palma; / que tú y todos los hombres parezcan sólo un hombre / que tú y todas las almas parezcan sólo un alma». Tomás, desde su isla, canta el puerto, los muelles, los barcos que a ella arriban; se siente ciudadano del mundo y en la calle de Triana, al elogiar las *Tiendecitas de los turcos*, alude al «vivir cosmopolita» de «la arteria aorta de la capital».

En cuanto al tema de la intimidad, está próximo al del aislamiento, pero conviene diferenciarlos bien. El aislamiento puede

llevar a una poesía, a una determinada poesía intimista o íntima, pero el aislamiento, como hemos visto, constituye una nota específica de nuestras letras; ahora bien, respecto a la intimidad, ¿qué poesía lírica, después del Romanticismo, sobre todo, no es íntima? Nuestros poetas son cosmopolitas, en tanto que modernistas, y los que son intimistas, lo son como cualquier poeta español o americano, románticos o posrománticos, sin que sea el intimismo nota específica de la poesía canaria, aunque ésta sea, en buena medida, intimista. Ejemplo de ello es el fervor que La Laguna suscita, en especial a partir del siglo XIX, como tema dentro de la poesía intimista, desde luego, que, aun cuando brille en las escuelas románticas y posrománticas, no es exclusivo de ellas. A este respecto ilustra la excelente *Antología poética de La Laguna*, Santa Cruz de Tenerife, 1983, del profesor Sebastián de la Nuez. Un precedente, más modesto, de la *Antología* del profesor de la Nuez, es la de Sebastián Padrón Acosta, *Antología de La Laguna y Su Santísimo Cristo*, 1943. La Laguna, como tema intimista, ha sido tratada, pues, por distintos poetas de todos los tiempos, pero lo de escuela de La Laguna es una inexactitud.

Cantores de la intimidad familiar, como nuestro José Plácido Sansón y Grandy (1815-1875), son los mexicanos Joaquín Pesado (1801-1861), o Ramón Isaac Alcaraz (1823-1886), que pertenecen al grupo español y americano de poetas de la intimidad casera y hogareña, y que publican hacia la segunda mitad del siglo XIX, en general. No puede, por tanto, destacarse como rasgo específico de la poesía canarias el de la intimidad.

3. LA LLAMADA ESCUELA REGIONALISTA

El hombre natural o «el buen salvaje».—La pareja Tenesoya-Maciot.—El indigenismo: vianismo y antivianismo.—La versión original del paisaje en Nicolás Estévez.—La visión del paisaje realista, común a la peninsular.—La Económica y el Ateneo de La Laguna ante el indigenismo vianesco.

Fue el tan citado profesor Valbuena, repito, el primer teorizante y serio estudioso de nuestra poesía, quien primero precisó la existencia de una escuela regionalista, a base de las leyendas

de la Conquista y de las bellezas del paisaje. Valbuena afirma que esta escuela regional abarca desde 1881 a 1920; casi cuarenta años de regionalismo. Conviene, sin embargo, precisar algunos extremos.

Cuarenta años de regionalismo son muchos para una escuela literaria. El poeta o los poetas de 1881 no escriben como los de 1920; pertenecen a escuelas distintas. Lo que ocurre es que la poesía en Canarias ha sido regional, cosa perogrullesca, porque en Canarias se hace y tiene características de la región, desde Cairasco y Viana. Se inicia en Cairasco, según dije, la categoría del aislamiento y la del sentimiento del mar, pero negativo (aparte su valor de ornamento retórico literario renacentista) y en Cairasco también se cultivan dos temas: el de la selva y el del Teide. En Viana se inicia el sentimiento positivo del mar como ventura y el paisaje local, conforme señaló primero que nadie Menéndez Pelayo, en sus citados *Estudios sobre Lope de Vega*, t. V, p. 287, y que Valbuena subraya en su aludida *Historia de la Poesía Canaria*, p. 17, al afirmar que «nadie ha sentido con tanto brío, directamente, los agrestes peñascos, los valles fértiles, el Teide altísimo», como el poeta lagunero.

Toda la poesía tinerfeña hasta las dos primeras décadas de este siglo, por lo que a la interpretación de la conquista y sus personajes se refiera, ha sido vianista o antivianista, en muy buena parte, por supuesto. Plantea Viana en sus *Antigüedades* un tratamiento del «buen salvaje», entonces entendido como primitivo. En mi libro *El poema de Viana*, Madrid, 1952, dedico su capítulo II al tema del «hombre natural», que es después el roussoniano «buen salvaje», ampliamente explicado desde la página 58 a la 72. De la postura de Viana ante el hombre natural, pasado el paréntesis barroco, que da buenos representantes en la isla de La Palma, y que es arte literario *sensu stricto* y, por ende, de escaso localismo, de tal postura vianesca, repito, se nutrirá la literatura regional más específica. El mismo Viera y Clavijo (1731-1813) tiene hermosas páginas sobre el paisaje canario y cultiva el tema de la selva de Doramas y el del Teide. Viera, como sabemos, valora con gran ternura al indígena isleño y acepta la creación simbólica de la pareja Dácil-Castillo.

Nutrido de ideas romántico-liberales, Don Graciliano Afonso

(1775-1816), cantor del mar y del Teide, enarbola el hacha guerrera para despreciar lo que él llama servilismo de Viana: en adelante los malos serán los conquistadores y los indígenas, para él traidores, como Acaimo, de Güímar, y Fernando de Guanarteme, de Gran Canaria. Los buenos, claro está, serán Bencomo, Tinguaro, Tanausú, Doramas, la bella Guayarmina.

Cairasco no escribió un poema épico, como Viana, sino un inacabable santoral católico de manierismo clasicista, al que asoma su cabeza isleña el poeta para cantar sus Islas. Menéndez Pelayo sospechaba que las octavas reales referidas a la pareja Tenesoya-Maciot que comienzan: «Estándose bañando con sus damas / de Guanarteme el Bueno, la sobrina», a que antes he aludido, eran del canónigo canario. En el manuscrito sobre la Conquista de Gran Canaria, publicado por el profesor Morales Padrón, y titulado el Ovetense, tales octavas, algo alteradas, se dan como de Cairasco, al final del texto (Morales Padrón: *Canarias: crónicas de su Conquista*, Las Palmas, 1978, p. 183). En este episodio describe Cairasco un rapto, que nada tiene de poético, ya que fueron unos «españoles» quienes arrebataron a la bella indígena a Lanzarote y, una vez bautizada, se casó con ella Maciot. Las crónicas de la Conquista de Gran Canaria, versiones y ampliaciones de la única primitiva, que acaso sea la de Jáimez de Sotomayor, no sensibilizaron a Cairasco ni a otro poeta de su tiempo, exceptuado el prosaico canto II de las *Antigüedades* de Viana, para escribir en verso las gestas de conquistadores e indígenas de la isla redonda; ha habido, pues, que atenerse al vianismo y al antivianismo.

Después de la diatriba de Don Graciliano, los primeros románticos isleños, posteriores, por supuesto, a los románticos peninsulares, o sea, José Plácido Sansón (1815-1875), Victoria Ventoso (1827-1910), Ignacio de Negrín (1830-1885) atacan al conquistador y, directa o indirectamente, son antivianistas menos José Desiré Dugour (1813-1875), que es vianista.

Es justo señalar que el indigenismo y valoración del caudillo Doramas lo abordan los poetas de Gran Canaria, José Manuel Romero y Quevedo (m. en 1882) o Don Amaranto Martínez de Escobar (1835-1912). En La Palma, el poeta Antonino o Antonio Rodríguez López (1836-1901) en *Vacaguaré*, 1863, elogia al cau-

dillo indígena de su isla, Tanausú, al que el poeta tinerfeño José Plácido Sansón había dedicado un soneto.

La actitud de Nicolás Estévez (1838-1914) no es, como alguien desconocedor del proceso de nuestras letras ha escrito, sin rigor, una actitud inicial. Estévez se encuentra con un tema hecho y se comporta, por tradición, como antivianista; su célebre poema *Canarias* se publicó en 1878 y está escrito dentro de los cánones que ya no son los de los poetas de nuestro primer Romanticismo; la actitud antivianista es en él igual, pero el tratamiento del paisaje es otro. La gran novedad de Estévez, su gran originalidad, es la de haber sabido crear, a base de elementos concretos, tangibles: peña, roca, fuente, senda, choza, la sombra de un almendro, el concepto abstracto, sentimental, de patria. Los elementos del paisaje se subliman en el sentimiento patriótico. Un profundo sentimiento como el de patria, cuya hondura depende de la calidad anímica de la criatura que lo sustenta, al minimizarse en el mundo de las cosas, peña o sombra, cobra valor de espíritu. La patria se cosifica y las cosas se patriotizan. Hasta entonces no habíamos leído nada semejante en nuestra poesía. En 1933 salí al paso de la *boutade* de Unamuno al menospreciar en Estévez este sentimiento de patria por él, Don Miguel, no entendido. Sebastián Padrón Acosta (1900-1953), a quien tanto debe la investigación canaria, que se enteró de ello, así lo hizo constar en su trabajo «La poesía de Don José Tabares Bartlett», en *Revista de Historia*, núm. 92, de octubre-diciembre de 1950, único en saberlo y expresarlo, ya que el dar a cada uno lo suyo es planta rara en los predios insulares.

Valbuena da para la escuela regional, como digo, las fechas extremas de 1881 a 1920, sin duda porque en 1881 la Sociedad Económica de Amigos del País lagunera, con motivo del traslado de los restos del conquistador Alonso Fernández de Lugo a la catedral de La Laguna, desde el convento de San Francisco de la misma ciudad, celebró un certamen poético sobre la conquista de Tenerife. El primer premio lo obtuvo Don Antonio Zerolo (1854-1923), y el segundo, Don José Tabares Bartlett (1850-1921), con el título de *Ensayo poético sobre la conquista de Tenerife y La Palma*, el de Zerolo, y *Bosquejo poético sobre la conquista de Canarias*, el de Tabares, título parecido al poema de Ignacio de

Negrín: *Ensayo poético sobre la conquista de Tenerife*, 1848. Negrín era antivianista, pero Zero y Tabares, poetas del realismo isleño, treinta y tres años después, son vianistas, bien que matizando sentimientos indigenistas, y escriben por impulsos, para concurrir a un certamen, no poetizan de dentro a fuera, sino por resortes motivados; el Romanticismo propiamente dicho había pasado y el vianismo se aborda con mayor mesura y madurez.

El paisaje realista estaba ya incorporado a la poesía española. Zorrilla (1817-1893), primero, y luego Núñez de Arce (1834-1903), en poesía; Pereda (1833-1906), en prosa, y los grandes maestros de la novela eran paisajistas. Nuestros poetas regionalistas del siglo XIX lo son, no como nota específica de su poesía, sino porque así lo eran los poetas peninsulares del momento; de ellos toman los nuestros, asimismo, la nota popular del romance y la copla. En este aspecto, el festivo Crosita (1869-1942) es un poeta ya tardío, porque desde mediados del pasado siglo Antonio de Trueba (1819-1889) había publicado su *Libro de los cantares*, 1851, al que siguieron los *Cantares gallegos*, 1863, de Rosalía de Castro (1837-1885), o los *Cantares*, de Augusto Ferrán (1836-1880), y otros.

A nuestros regionalistas se les ha denominado tales, porque la poesía regionalista figura como un capítulo de la poesía española de la segunda mitad del siglo XIX. Regionalistas fueron un Vicente Medina (1866-1936), que cantó las bellezas de su huerta murciana, o un Gabriel y Galán (1870-1905), de excelentes aciertos al poetizar la hermosura de «las lontananzas muertas» de su tierra extremeña. Es peligroso, porque resulta inexacto, meter a los poetas que escriben de 1881 a 1920, todos juntos, en un cajón de sastre, en una escuela regional canaria, sin detenerse en la etapa creadora de cada uno. Lo que de verdad los relaciona, pero desde Cairasco y Viana, es el tratamiento del sentido del aislamiento y del mar, o la actitud indigenista, repito que ésta en comunidad con América hispana, salvadas, por supuesto, las diferencias, y luego la comunidad de temas, pero tratados conforme a la escuela poética de cada uno.

En Tenerife, desde Viana hasta 1920, y aun después, nuestros poetas han sido vianistas o antivianistas, incluso sin saberlo. La escuela regionalista que Valbuena destacó lo que aporta es el tratamiento del paisaje, como en los coetáneos poetas peninsulares

y el tradicional tratamiento del indígena, conforme a la estética en que se instala el poeta o escritor. La Laguna, en contra de lo que se ha escrito, no ofrece a nuestras letras características específicas para formar una escuela; se muestra como objeto o tema poético para ser cantada por diversos poetas de distintas escuelas. La realidad es que La Laguna aporta a nuestras letras algo más que una escuela y un motivo intimista para un poema.

Fue La Laguna, como todos sabemos, la primera ciudad de Tenerife, y por mucho tiempo, la única; creación urbana hispana, que conllevaba entonces ser cabeza de la Isla; es decir, capital. El poblador indígena, no totalmente extinguido, continuaba viviendo en sus cuevas, «entamarcados en sus tamarcos», cuidando sus ya escasos rebaños, sin lengua escrita, en una vida de modesta evolución, aislada, por muchos siglos, del lejano tronco berébere, harto misterioso, y del que poco sabemos. La Laguna fue creación de Alonso Fernández de Lugo, el tesorero y traficante andaluz, que se afianzó en ella y donde murió. La Laguna dio un hijo de influencia permanente en la Isla al escribir un poema, por encargo, eso sí, que muy pocas personas han leído íntegro y despacio, y gracias al esfuerzo continuado del tiempo, a pesar de que un poema épico renacentista, que hoy diremos manierista, es impopular, como toda poesía culta, y más la de Viana, con grandes caídas poéticas y prosaísmos sin cuento, a pesar de todo, repito, ha creado el vianismo con su antivianismo, ha nutrido con su onomástica la de los tinerfeños de aún hoy día; ha dado que hacer a escritores y poetas como ningún creador tinerfeño ha hecho.

La Sociedad Económica lagunera, al aprovechar el traslado de los restos del Conquistador, según he manifestado, agitó el vianismo de Viana y de los románticos. El llamado por Valbuena neovianismo de los poetas realistas, tal vez no sea siquiera neovianismo, sino vianismo permanente a través del tiempo, tratado conforme a cada escuela literaria.

El sin duda glorioso Ateneo de La Laguna, por muy «batuequeciano» que, con desdén vanguardista, lo estimaron los jóvenes universalistas de *La Rosa de los Vientos*, en 1928, mantuvo el vianismo largo tiempo y toda la torrentera poética del mozo bachiller. El Ateneo promovió, desde 1905, el año en que Rodríguez

Moure publicó su edición de lo que él llamó *El Poema*, el año después del centenario de la edición príncipe, que fue en 1604 en Sevilla; más vianismo en una velada del 3 de diciembre, en que Rodríguez Moure (1855-1936) se refería a su edición citada de 1905. En 1907 celebra la aludida entidad cultural, el 6 de noviembre, la velada en torno a Tinguaro. En la fiesta de arte del 12 de septiembre de 1908, Diego Crosa, «Crosita», incita al Ateneo a crear «un arte regional que no tenemos» y el presidente de la entidad, Don Benito Pérez Armas (1871-1937), en aquellos días de gran fervor político insular, quiere que de La Laguna salga el movimiento regionalista. Bajo la entusiasta presidencia de Domingo Cabrera Cruz (1886-1979), su gran animador, el Ateneo celebra la Fiesta de las Hespérides, en 1915; viene luego la de la Raza, en 1918; la de los Menceyes, en 1919, y nuestros poetas cantan a los jefes de las demarcaciones indígenas que Viana señala. El vianismo seguía siendo brújula motora del numen creador local; incluso en la fiesta de arte de 1928, de la que fue mantenedor Don Ángel Ossorio y Gallardo (1873-1946), las antiguas comarcas o menceyatos de Tenerife fueron representadas por el fondo femenino del escenario.

La Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife, residente en La Laguna, o la Económica, como abreviamos los tinerfeños, en 1880 y 1881, primero, y el Ateneo desde 1905 a 1928, luego, con los naturales intervalos temporales, sostuvieron un vianismo que, más o menos positivo, creó una conciencia tal vez más insular que regional, acaso por la índole del *Poema* vianesco. La ciudad por excelencia de Tenerife dio un carácter y un estilo que se prolongó hasta aproximadamente los treinta años de este siglo. La gran aportación de La Laguna ha sido Viana y el vianismo con el antivianismo consiguiente.

4. TEMAS GEOGRÁFICOS EN LA POESÍA DE LAS ISLAS

La Laguna, tema poético

Como tema de geografía urbana, la *Antología* poética de la ciudad que he citado, del profesor Sebastián de la Nuez, me exi-

me de extenderme en el tema, que el lector leerá allí, ampliamente tratado. Por amor vianesco, tal vez, el profesor de la Nuez incluye un fragmento del encuentro de la pareja Dácil-Castillo y alusiones a la fundación de la ciudad, si bien el tema quien lo inaugura, como tantas cosas inauguró, fue el sin par Viera y Clavijo con su *Chulada burlesca a la perdurable intemperie de la ciudad de La Laguna*, que publiqué en 1946, en un encarte de *Revista de Historia*; era la primera vez que tal obra festiva aparecía en letras de molde y ha hecho muy bien el antólogo en recogerla. Vienen luego alabanzas e interpretaciones de la ciudad por parte de los poetas románticos, como Diego Estévez y los maestros del realismo Tabares Bartlett y Zero, a los que sigue Guillermo Perera; faltó a de la Nuez incluir el *Homenaje a La Laguna*, de Patricio Perera (1856-1899), el hermano de Guillermo, que he recogido en mi *Poesía de la segunda mitad del XIX*, 1991, p. 185. No es un reproche, porque a todos nos puede abandonar la memoria y a mí mucho, sino un ejemplo para completar el trabajo que continúa con los modernistas, parnasianos, intimistas y de las últimas tendencias, cada uno de los cuales poetiza, conforme a su *tempo* y escuela poética: Manrique, Hernández Amador, Francisco Izquierdo, Verdugo, etc., hasta llegar al fino Maccanti. Una exploración del tema de La Laguna entre los prosistas daría ejemplos de lo que la ciudad ha supuesto en la cultura y evocación sentimental de tantos escritores atraídos por la cuna de Viana.

La selva

La selva y el Teide son temas, dentro de la categoría geográfica, de notable tratamiento por parte de nuestros poetas y aun de foráneos. Como apéndice botánico al tema de la selva, el del Drago de Icod, sobre todo, ha sido abordado alguna vez que otra como el ejemplo de Crosita, su cantor, nos avisa.

La selva de Doramas en Gran Canaria, de la que apenas si queda un rastro local, un triste y pequeño montón de árboles, fue numen de la pluma entusiasta de Cairasco de Figueroa:

Aquí florece la admirable selva
que el nombre ha de heredar del gran Doramas,
do no entrará discreto que no vuelva
con rico asombro, de su sombra y ramas...

Tal canta Cairasco en su traducción del *Goffredo o Jerusalén Libertada*, del Tasso, ed. Cioranescu, 1967, p. 329.

Y más adelante:

Los altos tiles, verdes capiteles
con mil diversos árboles.

Ídem, p. 330.

Tanta hermosura, ya perdida, era entonces una bóveda vegetal:

Si aquí se corta un árbol es notorio
multiplicar el tronco muchedumbre,
que arriba en pocos años al cimborrio
de todos los demás, con igual cumbre.

Ídem, ídem.

A lo largo del también selvático *Templo Militante*, Cairasco canta la fertilidad y hermosura de la famosa selva, así que al referirse a su isla, con motivo del patrono, San Pedro Mártir, escribe:

En ella está la selva de Doramas,
tan célebre en el mundo, a quien rendido
está el Pierio, el Pindo y el Parnaso,
y todos los demás sagrados montes...

Los tres famosos montes griegos: el Pierio, de las Piérides o Musas, en Macedonia; el Pindo, la cordillera entre Albania y también la Macedonia, y el famoso Parnaso, que los griegos pronuncian acentuando la *o* final, aguda, pueden ser émulos de la selva de Doramas, la única que el poeta ha visto.

El tema es ya, en la pluma de Viera y Clavijo, una elegía melancólica:

Sitios queridos de las nueve musas
 en cuyos frondosísimos andenes
 paseó, de su numen agitado,
 el divino Cairasco tantas veces.
 ¡Montaña de Doramas deliciosa!
 ¿Quién robó la espesura de tus sienes?
 ¿qué hiciste de tu noble barbuzano?
 tu palo blanco, ¿qué gusano aleve
 lo consumió? Yo vi el honor y gloria
 de tus tilos caer sobre tus fuentes...
 Huid ya de esta selva, pajarillos;
 nada os puede alegrar; peligrar debe
 el nido maternal de vuestra prole,
 si el leñador y el carbonero quieren.

(Viera, *Los Meses*, imp. Isleña,
 Santa Cruz de Tenerife, 1849, pp. 88-89)

Más tarde, la ruina de la selva de Doramas será objeto de la indignación poética de Graciliano Afonso y de Bento y Travieso (1782-1831), o de la evocación garcilasiana de Ventura Aguilar (1816-1858) hasta llegar al sonoro verso modernista de Tomás Morales en su poema *Tarde en la selva*:

De pronto, en el silencio, un golpe temeroso
 atraviesa el recinto de la selva en reposo;
 son cobarde, en el viento, persistente y salvaje,
 que llena de profundos terrores el bosque.
 ¡Es el hacha! Es el golpe de su oficiar violento
 que, bruscamente, llega, desolador y cruento,
 de la entraña del bosque, donde un tilo sombroso
 yergue su soberana magnitud de coloso...
 ¡Oh dolor! El monarca de la selva suntuosa,
 el patriarca de verde cabellera gloriosa
 que preside el sagrado misterio de la umbría,
 mira llegar su muerte con la muerte del día.

(Morales, *Las rosas de Hércules*,
 II, 1956, pp. 200-201) ¹

¹ Véase el completo y hermoso trabajo del profesor Andrés Sánchez Robayna sobre *Cairasco de Figueroa y el mito de la Selva de Doramas*, en su excelente libro, *Estudios sobre Cairasco de Figueroa*, La Laguna, 1992).

El Teide

De mayor amplitud es, por su índole, el tema del Teide, del que es gran pedestal geológico la isla de Tenerife. Aparte de las memorias y testigos sobre su ascensión, que autores insulares, peninsulares y extranjeros han escrito, poéticamente ha sido objeto de la admiración de nuestros líricos, no siempre con fortuna, por supuesto. Desde Cairasco de Figueroa que cita al Teide en varios lugares de sus obras:

Un monte oscuro y alto se descubre
que entre las nubes los cabellos cubre.
Venle después pasando más delante,
cuando el nublado espeso se ahuyenta
a pirámide excelsa semejante,
de grande ruedo y alta punta exenta.
Y ven que sale dél humo vagante
como el que sobre Mongibel revienta²;
de día es natural suyo dar humo,
de noche luz, que ilustra el aire sumo.

(Cairasco, *Goffredo*, cit., XV, p. 336)

Antonio de Viana, en el canto I de sus *Antigüedades*, se refiere a la natural imagen del Teide como «pirámide», que ha usado Cairasco:

Un soberbio pirámide, un gran monte
Teida famoso, cuyo excelso pico
pasa a las altas nubes y aún parece
que quiere competir con las estrellas;
puede contarse dél lo que de Olimpo,
que si escribieren con cenizas débiles
en él, no borrarán el aire las letras
que excede a su región la cumbre altísima...

(Viana, *Antigüedades*, I, 115-122)

² Mongibel o Mongibello, en Sicilia, la antigua Trinacria, el monte del volcán Etna.

Don Cristóbal del Hoyo, vizconde de Buen Paso (1677-1762), con su famoso soneto al Teide, aunque sea una clara imitación del soneto al Tajo, atribuido al portugués Francisco Rodrigues Lobo (1580-1625), según ha demostrado Manuel González Sosa, en *Eco de Canarias*, Las Palmas, 10 y 27 de septiembre de 1978 (trabajo con mayor extensión publicado por González Sosa en *Biografía de canarios célebres*, de Millares Torres, Edirca, II, pp. 131-146), ha continuado la senda abierta por los poetas anteriores y le siguen Viera y Clavijo y Graciliano Afonso, en su grandilocuente y pedantesca *Oda al Teide*; por Afonso sabemos que Don Bernardo Cologán Fallon (1772-1814), en su elogio al obispo Tavira, escrito en latín, registrado por Millares Carlo en su *Bibliografía*, incluye algunos versos «que pintan al Teide elevado, sus amables faldas y las ninfas y musas canarias danzando alegres», pero no lo hemos visto.

Don Nicolás Saavedra, desde Manila, donde residió y acaso muriera, en su libro *Ocios poéticos*, Santa Cruz de Tenerife, 1955, le dedica un soneto a Graciliano Afonso por su «bellísima, sublime Oda al Teide», y, a su vez, escribe un largo poema de exaltación al volcán tinerfeño, añorado en la lejanía. En el siglo XIX, tanto románticos como realistas cantan al Teide: Desiré Dugour, Ricardo Murphy y Meade, el grancanario Ventura Aguilar; Manuel Marrero Torres, con varias composiciones de fortuna desigual; Don Juan de la Puerta Canseco en su romance en ocho cantos, de 1852; Ignacio de Negrín; José B. Lentini; Nicolás Estévez; Tabares Bartlett. Los modernistas Rodríguez Figueroa, Manuel Rodríguez Herrera; el gran Tomás Morales, con su hermoso *Himno al volcán*; Francisco Izquierdo, etc.

Sin pretender agotar nombres, poetas más cercanos al presente, pero ya desaparecidos como Víctor Zurita o «Salvador Luján»; Pedro Pinto de la Rosa; Sebastián Padrón Acosta; Emeterio Gutiérrez Albelo; Juan Ismael González; Antonio Jesús Trujillo Armas; Julián Herraiz y algunos más, involuntariamente olvidados, han escrito sus versos a la «pirámide excelsa», sin contar la contribución que poetas peninsulares como Verdaguer, Gerardo Diego, Dionisio Ridruejo, Antonio Oliver, López Anglada y el bellísimo poema en prosa de André Breton (1896-1966) al Teide, «hecho de un diamante que tiembla», merecen siquiera incluir sus

nombres. Fuente de inspiración alta, mediana o floja, según el valor de cada uno, el Teide incita todavía la capacidad creadora de los actuales poetas.

5. EL TEMA HISTÓRICO DEL 25 DE JULIO EN POESÍA

Un tema histórico surgido al ocurrir la defensa de Santa Cruz de Tenerife ante el ataque inglés de la escuadra de sir Horacio Nelson (1758-1805), el 25 de julio de 1797, alcanzó extensa contribución poética y literaria, aparte los diversos trabajos que de carácter histórico se publicaron en prosa. Esa fecha tuvo para las Islas una significación patriótica de independencia. El 25 de julio fue nuestro 2 de mayo local, salvadas las diferencias.

Casi en los mismos días del ataque escribe Viera y Clavijo, desde Las Palmas, su *Oda a la victoria...* (sobre Nelson) y más tarde, el soneto al general Gutiérrez. La hermana de Viera, Doña María Viera y Clavijo (1737-1819) también movió una pluma de escasa brillantez ante el acontecimiento; el poeta palmero Domingo Alfaro Franchy (1737-1803), con un poema latino; el propio Graciliano Afonso; Rafael Bento Travieso (1782-1831), poeta de Gran Canaria; Matías la Roche (1821-1877), Marrero Torres (1823-1955), Pablo Romero (1830-1885), también de Gran Canaria, en sus *Glorias del Teide*; Claudio F. Sarmiento (1831-1905); Nicolás Estévez, Ramón Gil Roldán y Ríos (1840-1891), José Manuel Pulido (1845-1900), Mateo Alonso del Castillo (1847-1931), Tabares Bartlett, etc., contribuyeron a sostener una poesía patriótica en torno al hecho histórico.

Cuando en 1897 se celebró el centenario del 25 de julio, el Gabinete Instructivo de Santa Cruz de Tenerife promovió el certamen al que, aparte los trabajos históricos de diferentes estudiosos, concurren los poetas Antonio Zerolo y Guillermo Perera Álvarez (1865-1926). El tema, por supuesto, no ha quedado agotado con estos nombres.

Resumiendo: categorías específicas en la poesía de nuestras Islas son, sin duda, el sentido del aislamiento y el sentimiento del mar (negativo o positivo), aparte del tratamiento poético que el

mar tenga, como tema, objeto de muchos poetas marinos peninsulares e isleños. La poetización del sentimiento de la Conquista, si bien común con la del mundo hispanoamericano, tiene una notación peculiar en la poesía de Canarias.

Dentro de tales características y la del intimismo, común con la poesía general, destacan unos temas locales o geográficos como preferidos por nuestros poetas hasta ahora: el mar, el Teide, la selva, La Laguna y el histórico 25 de julio.

Sería cuestión de plantearse en la actualidad en qué medida las escuelas poéticas de vanguardia, al remontar las décadas de los años treinta en adelante, han respondido o no a tales características. Es un trabajo que no podemos abordar aquí, pero sí dejarlo planteado, como merecedor de una exploración futura.